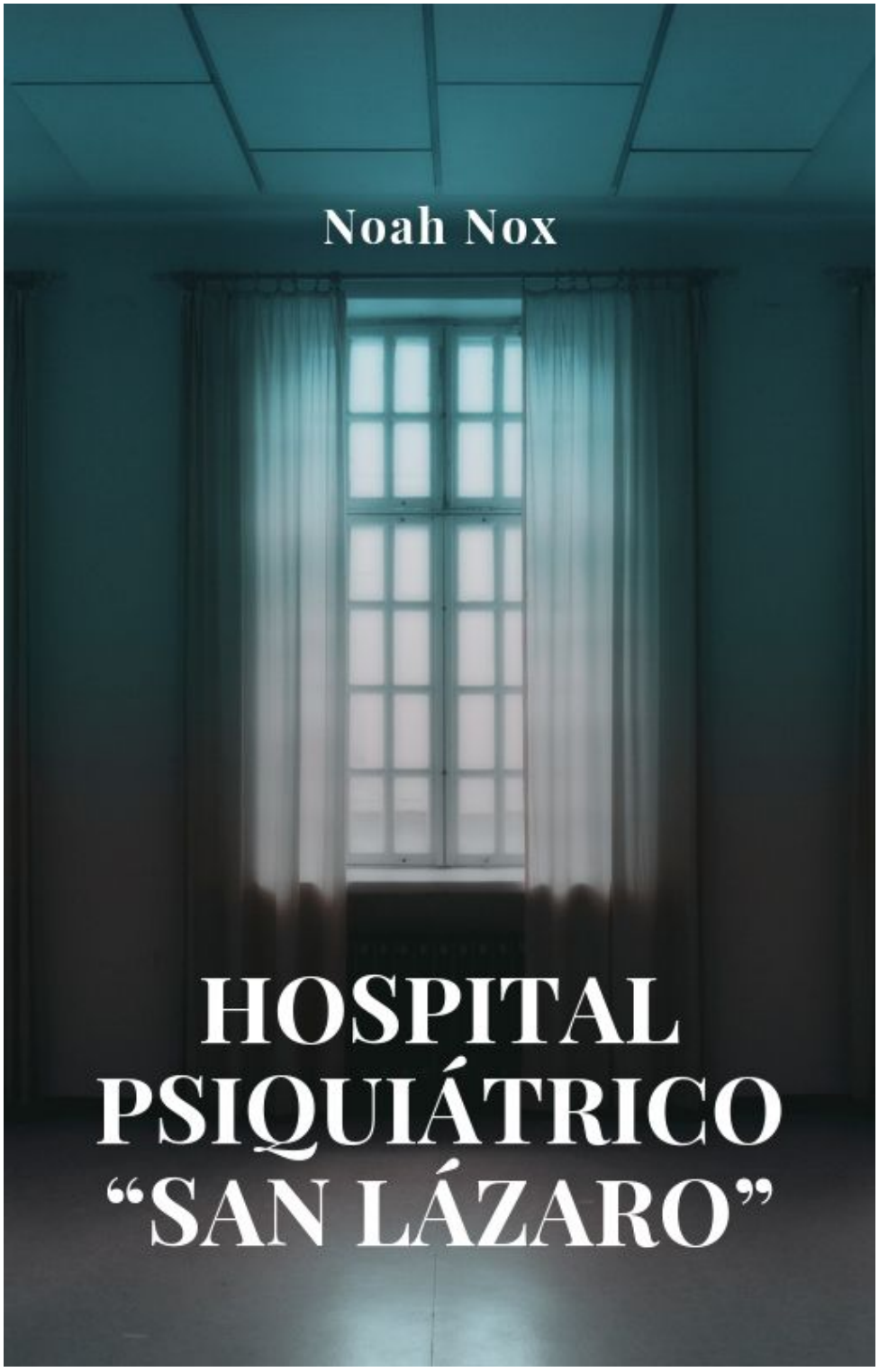
Hospital Psiquiatrico San Lazaro

Noah Nox



Capítulo 1

Suspire por enésima vez, el único sonido en la estancia era el repiqueo de mi pluma contra la libreta. Estaba nervioso, era mi primer trabajo "profesional" y no quería meter la pata, pero por más que respiraba profundo, intentando parecer calmado no podía hacerlo.

Malhumorado me cuestionaba cómo había acabado aquí, mi pasión siempre fue la escritura creativa más que el periodismo. Sin embargo, no podía negar que el escuchar las historias de los demás y poder plasmarlas en papel también llamaba mucho mi atención. Una obsesión morbosa, o como me gustaba excusarme, curiosidad típica del ser humano.

Alce la vista, intentando grabar aquella sensación que me provocaba el lugar, el aroma, los colores, de esa manera mi escritura sería más fluida. El tono de las paredes era blanco hueso, a todas las ventanas las adornaban barrotes, la humedad se sentía a lo largo y ancho de todo el hospital. Cansado del sinsentido de describir una habitación común cerré mi libreta, sin poder poner de lado por más tiempo aquel pensamiento que me rondaba.

Sí, me parecía en extremo irresponsable por parte del jefe mandarme solo a aquel manicomio. Cuando me avisaron que tendría una historia solo para mí (sin la limitación que otra mente creativa producía) me sentí extasiado, excitación que duro poco al enterarme donde se llevaría a cabo la entrevista e investigar sobre el sitio y sus habitantes.

Sentado en esa silla plegable, en el hall de aquel loquero me había dado cuenta del embuste, no es que me estuvieran confiando una noticia a solas para medir mis habilidades, ¡es que nadie había aceptado el trabajo! por supuesto no lo habían hecho, no pagaban lo suficiente como para querer entrar voluntariamente al "*Hospital Psiquiátrico San Lázaro*".

Este lugar tenía muy mala reputación, todo tipo de personas se encontraban aquí encerradas, desde indefensos que solo veían sombras hasta uno que otro asesino lo suficientemente "enfermo" como para haberse librado de prisión.

Desde hace ya algunos meses que se estaban corriendo rumores, se decía que ubicaban a los pacientes sin ton ni son, la poca o nula existencia de una adecuada administración y una petulante negligencia por parte de los encargados; con lo imaginativo que puede ser un pueblo pequeño y aburrido se crearon historias de terror que desembocaron en un miedo popular al lugar.

Mi trabajo consistiría en dar a conocer a ciencia cierta qué porcentaje de verdad tenían aquello rumores. Las puertas del Psiquiátrico habían

permanecido cerradas para todo tipo de prensa desde siempre, pero la presión social había logrado que se aceptara la entrada de un periodista, querían limpiar su nombre, terminar con las habladurías.

El sonido chirriante de la puerta principal me puso en alerta de nuevo. De ella entraron varios pacientes, uno por uno iba ocupando un lugar en aquel amplio salón, algunos hablaban entre ellos, otros le hablaban a la nada, algunos simplemente miraban al horizonte sin expresión en sus rostros.

En mi libreta garabateaba cada detalle que alcanzaba a captar. Resalte varias veces la total irresponsabilidad de haberme dejado esperando en el salón de socialización de los enfermos, así como en el tiempo infinito que estaba tardando en atenderme.

Seguro lo hacían a propósito, ellos querían que viera el lugar, a los pacientes, su trato e imagen, ellos necesitaban que me expresara bien de cada detalle, pero el estar rodeado de manos impredecibles y ojos vacíos no estaba ayudando en nada a obtener una experiencia placentera.

Con los nervios de punta y la pluma recorriendo el papel de la libreta con fuerza, me sentí inspirado una vez más en el corazón de la historia, había tomado una decisión: ¿que importaba si solo había obtenido el trabajo porque nadie más lo quería?, escribiría un artículo tan sublime que a nadie le quedarían dudas de mis capacidades, de esa manera no tendría que pasar de nuevo por ese tipo de situación.

De pronto un grito emergió del centro del lugar, un viejo calvo se estaba peleando el control remoto con otro paciente más joven, ambos emitían gruñidos, tirando del control en direcciones opuestas, en poco tiempo se armó un pequeño círculo en la habitación, elevando la cantidad de gruñidos y sordos golpes.

Esto era el colmo, ¡cuánta inseguridad! Con miedo me aparté lo más que pude de la pelea que se estaba formando, lo que menos deseaba era terminar herido.

Por primera vez, desde que me abrieron la puerta de entrada, veía guardias. Dos hombres de uniformes negros se apresuraron a centro del circulo a calmar la situación. Sin previo aviso sentí una mano presionando mi espalda. Con los nervios a flor de piel di la vuelta para encontrarme, al fin, a un hombre con bata, un doctor.

-Buenas tardes señor…

-Daniel. Daniel Castellano

-Señor Castellano, yo soy el Dr. Armin Meiyer, lo estábamos esperando, siempre es bueno tener a un miembro de la prensa por medio del cual podamos responder las inquietudes de las personas.

Aquel doctor de cabello café y anteojos redondos me guiaba fuera de la vista del tumulto que intentaban apaciguar los dos guardias, dirigiéndonos a un pasillo mucho más tranquilo.

-Sí, bueno, ya llevo aquí un rato- dije con un claro dejo de queja en la voz

- ¿En serio? - exclamo sin sorpresa el doctor- en cuyo caso le pido disculpas, hemos estado un poco ocupados por aquí. Usted ya sabe, como de estresante puede llegar a ser este lugar.

-Pues no doctor, no lo sé, es precisamente por lo que he venido, a que me cuente del hospital.

El castaño emitió una risa leve. Orientados por este llegamos a una oficina más o menos grande, un gran escritorio ocupaba el centro junto a un par de sillas cómodas, en una esquina se hallaba un globo terráqueo y detrás de este, varias estanterías llenas de libros gruesos. El doctor Meiyer se sentó de su lado del escritorio, invitándome a sentarse frente a él.

-Bueno señor Castellano, usted es el periodista, dígame que quiere saber.

Me erguí en la silla actuando con profesionalismo, saque de los bolsillos libreta y pluma, ojeando paginas anteriores donde había escrito las preguntas que haría.

-Dígame como es la administración del lugar, he visto pocos miembros del staff por aquí.

Visiblemente aburrido el doctor elevo los ojos al cielo, como cansado de haber respondido aquella pregunta un sinfín de veces.

-Este es un instituto gubernamental señor Castellanos, la cantidad de miembros del hospital no son responsabilidad de este, sino de cuantos nos asigne el mismo gobierno.

Aquella respuesta resulto muy obvia, intentaba evadir la responsabilidad directa.

-No cree que si necesita más miembros sería bueno pedirlo?

-No necesitamos más, los pacientes que tenemos, en su mayoría, no

representan peligro alguno.

- ¿En su mayoría? ¿Qué me dice de la minoría?

Los ojos del doctor brillaron entonces, su postura cambio de hastiado a animado, sin duda el tema de los pacientes que correspondían a la minoría le interesaba.

-Bueno, la minoría necesita un trato especial, cada uno de ellos tiene un ayudante personal, un guardia que los vigila siempre y están en constantes terapias. Es por ello que no ha visto mucho personal, todos tienen un trabajo ya designado.

Son personas peligrosas, ¿sabe? - continuo- pero entre ellos hay uno que se caracteriza por ser especialmente inteligente, no es como los demás, su modo de pensar está por encima de la media, por esa razón se le tiene medidas de seguridad extra.

-¿Qué tiene de especial ese paciente? ¿Si es tan inteligente como dice, porque está aquí?

-Es un caso singular, no le puedo dar apellidos, ya sabe, para proteger al paciente, vamos a llamarlo "el artista". Un hombre de vida común, casado, sin hijos, de edad media, profesor de universidad. Destaco siempre por su inteligencia y su creatividad. Un día, llegando del trabajo a su casa encontró el auto de alguien más a la entrada de su porche.

Sin hacer ruido subió las escaleras para encontrarse a un don nadie tirándose a su mujer. La rabia se apodero de él y tomando una pica hielo que se encontraba en la habitación mato al intruso. La mujer logro escapar, echando a correr al bosque en busca de escondite. Por dos días le dio caza, hasta que la encontró exhausta entre la maleza, suplico, por supuesto, pero no le tuvo piedad. Con el mismo pica hielo acabo con ella. Pero su trabajo no acabaría allí, traslado el cuerpo muerto de la mujer a su casa y por más de 2 meses se alimentó de ellos.

Horrorizado no deje de escribir todo aquello que el doctor iba contando, la emoción, la pasión con la que contaba aquella historia de terror me hacía sentir un poco incómodo, pero una curiosidad morbosa me alentaba a buscar respuestas a mis inquietudes.

-Porque lo llama "el artista" entonces?

Excitado de poder seguir contando la historia, el doctor Meiyer se puso de pie, caminando por la habitación mientas hablaba.

-Como le he dicho, el hombre se alimentó por de dos meses de los cuerpos. Cada día se propuso a hacer un plato diferente, cada uno más

complejo que el otro, aun sin tener conocimientos culinarios previos, ¡el internet está lleno de recetas espectaculares!

El primer bocado, por supuesto, fue muy extraño. Fue un sentimiento que no pudo describir. Lo que si sabía era que llevaba tiempo ya soñando con él. La carne humana sabe bien. A cerdo, aunque un poco más ácida y fuerte.

A medida que hablaba la gesticulación del doctor se hacía más agresiva, su tono de voz se iba alzando, puntualizando cosas que no quería que pasara por algo, como el sabor de la carne humana, o lo artístico y detallado que había sido cada plato servido con la carne de su mujer.

Con la respiración entre cortada no podía moverme, simplemente el cuerpo no contestaba a mis impulsos. De pronto la puerta de la oficina se abrió de golpe, un guardia se asomó por ella, con expresión seria y rígida.

- ¡Los encontré! - grito, entrando a la habitación con una macana entre las manos.

Al ver al guardia el doctor… no… el tipo en bata se echó a correr, intentando abrir la única ventana que había, siendo estéril su esfuerzo. Se movía de un lado a otro, arrojando lo que encontraba, se necesitaron 3 guardias para detenerlo, una vez estuvo inmovilizado ingreso una mujer pálida, de cabellos negros y con una jeringa en las manos.

La mujer se acercó al hombre en bata inyectándole en contenido de la jeringa haciendo que este quedara inconsciente, una vez así lo sacaron de la oficina, quedándonos solamente la mujer pálida, un guardia y yo.

Esta se quedó de pie, esperando.

Pasaron los segundos como si fueran eternos, poco a poco el candor del momento fue pasando, dando paso a la incredulidad.

-Yo soy...- pare a aclararme la garganta, mi voz no salía con la fuerza necesaria.

La mujer volteo dirigiéndose a un closet, de este saco un vaso que lleno con agua, pasándomelo lo bebí todo rápidamente.

-Mi nombre es Daniel Castellano, soy el periodista que estaban esperando.

-Ya veo- dijo sonriendo de lado la mujer mientras sacaba de un cajón una

carpeta.

Tanto mis ojos como mi respiración poco a poco fueron sintiéndose más pesados, confundido y mareado la mire.

- ¿Le puso algo al agua?

Ella siguió ojeando la carpeta, ignorándome.

-¿Que tenía? - dije levantándome como pude, el sueño pesaba cada vez más.

-Veo que su trastorno disociativo ha empeorado, señor Castellano, ¿no se ha estado tomando su medicamento?

-Yo…- me deje caer sobre la silla, intentando poner en orden mis ideas.

-Alejando, lleva al señor Castellano a su habitación por favor, dile a la enfermera que haga bien su trabajo y verifique que los pacientes tomen sus medicamentos.

- ¡No! No entiende- dije como pude, aunque mi voz apenas salía de mi garganta, el sueño estaba ganando- ¡yo no estoy loco!

Una sonrisa forzada salió de los labios de la mujer pálida.

-Eso dicen todos, señor Castellano.

No pude oír nada más, la oscuridad del sueño me arrastro, allí donde la confusión desaparecía y daba paso a una nada absoluta.